

CARTA DEL EXCMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO
DE SANTIAGO

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.—Muy señora mía y estimada diocesana, de mi más distinguida consideración: Tiempo ha que deseo expresar a usted mi satisfacción por observar en todas sus variadas producciones literarias, de incontestable mérito, la más pura y exquisita ortodoxia; pero mis múltiples y tirantes ocupaciones pastorales no me lo han permitido hasta hoy. Últimamente ha subido de punto mi satisfacción y alegría al fijar mi atención en lo mucho que tiene ya trabajado escribiendo la vida del seráfico San Francisco de Asís, con un sabor místico literario que indudablemente endulzará el corazón y el espíritu de los verdaderos amantes de las cristianas letras que atentamente la leyeren.

Así que, después de felicitarla por el buen empleo de su talento, y dar gracias al Señor que se lo ha prodigado tan generosamente, espero no llevará a mal que la estimale a proseguir en tan útil y laudable empresa, sin abandonarla hasta su feliz terminación.

Y con este motivo, me es muy grato confirmar a usted mis anteriores ofrecimientos y repetirme su atento S. S. y Prelado, que paternalmente la bendice.—EL CARDENAL PAYÁ, ARZOBISPO DE COMPOSTELA.—Santiago, 28 de Septiembre de 1881.

INTRODUCCIÓN

Apenas hay historiador que no se extienda en referir la corrupción de costumbres que precedió a la caída del Imperio romano: Tácito, Suetonio, la musa indignada de Juvenal, abrieron camino a los modernos escritores para que por los excesos de Roma explicasen su decadencia. Pocos toman en cuenta otro elemento disolvente: el escepticismo romano. Escéptica era la señora del orbe: a la sonrisa de los augures se asociaba el Senado recibiendo en el Panteón los dioses de las comarcas vencidas, los monstruosos númenes de Cartago, las simbólicas divinidades del Egipto. Quizá en su origen, cuando la componían proscriptos y aventureros, creyó en sus tutelares la república romana: seguramente no creía ya, cuando ante aquel Senado indiferente Julio César pone en tela de juicio la inmortalidad del alma, cuando el más elegante de los poetas latinos comenta en verso a Epicuro. Faltó al pueblo rey, en los últimos siglos de su soberanía, el nervio del alma, la fe.

Sin embargo, por singular contradicción, Roma se manifestó intolerante, inexorable con una sola creencia. Cierta que no la profesaba ninguna gran nación aliada: eran las doctrinas de un hebreo oscuro, colgado de un patíbulo por sus mismos compatriotas con anuencia del pretor romano. Los discípulos del novador nazareno, apartándose del teatro del cruento suplicio, se diseminan por los países gentiles, anuncian las promesas y enseñanzas de su maestro, y esparcen por todo el orbe la *buena nueva*, o el evangelio de ella; pero fuerza es confesarlo: si hallan donde quiera oídos y ánimos dispuestos a acoger-

la, dan también con tormentos y muerte; y en Roma, allí donde cabían todos los dioses, el Dios de los cristianos carece de asilo, y ha menester ocultarse en las entrañas de la tierra. Reos de Estado, acusados, a despecho de su fidelidad al César, de revolucionarios peligrosos, sufren los moradores de las Catacumbas la más terrible persecución: la ejercida por un pueblo que ahoga el secreto remordimiento de su indiferentismo en sangre humana. En la moderna acepción del vocablo, no eran revolucionarios los adeptos de Cristo; pero no erraba Roma al tenerlos por algo especial y distinto de lo existente: sus asambleas subterráneas contenían el germen de otra sociedad: cuando los espectadores del Coliseo miraban tendidos sobre la arena los despedazados cuerpos de los primeros mártires, quizá presintieron confusamente lo que en dulces estrofas había cantado el príncipe de la poesía latina; que, próxima a bajar del cielo una progenie nueva, había de marcar una nueva era, reintegrar el grande y primer período de los siglos y abrir camino a un nuevo reinado de la Edad de oro. La eflorescencia cabal de este reinado áureo, o de la soberanía de Cristo sobre el orbe, fué sin disputa la Edad Media.

Para lograr su advenimiento, no bastaron los humildes que ofrecían en holocausto la vida: necesitáronse los destructores que arruinasen el vetusto y ya cuarteado edificio del mundo romano. Y merece notarse cómo el Imperio, que se cebaba en los mansos hijos del Crucificado, acogió sin desconfianza a los fieros hombres del Norte. En rigor, no invadieron los bárbaros a Roma: Roma se les entregó, y ellos se posesionaron, ya del campo yermo que la escasa población latina no alcanzaba a cultivar, ya de las mermadas legiones que pedían soldados vigorosos, ya, por último, de los altos puestos que les cedía la pereza de degenerados patricios. Agricultura, ejército, generalato, consulado, todo cayó en manos del bárbaro, auxiliar del Imperio. Pero todavía no alcanza esta paulatina infusión de elementos bárbaros a transformar a Roma, a concluir con el pasado, y es fuerza que concluya: escrita está su sentencia; a la invasión pacífica suceden violentas irrupciones: los bárbaros se precipitan en masa hacia la tierra deleitable en que madura el dulce racimo,

en que la mies alfombra las llanuras con dorado tapiz, en que palacios de mármol contienen vasijas de plata.

No les impulsa únicamente la codicia, ni el ansia de trocar por más benignas regiones la inclemencia de su cielo, el horror de sus erizadas selvas: sienten que les empuja al Mediodía fuerza providencial.—Alguien me empuja—dice Alarico al marchar sobre Roma: Atila se llama a sí propio martillo del universo, azote de Dios; la tribu más devastadora, los vándalos, se declara instrumento de la voluntad divina. Hasta la hechura de sus armas indica el oficio que vienen a desempeñar: en vez de la aguda y corta espada romana, que sólo sirve para el combate, los bárbaros empuñan su frámea contundente, su hacha doble que así abate al enemigo como hiende traves y derriba puertas. Entran por Italia arrollándolo todo, haciendo riza y estrago: no respetan las magnificencias del arte, el primor de los monumentos, las amenas quintas, los ricos muebles: destruyen como niños, sin reparo ni previsión; cabe el roto lecho de marfil y púrpura, duermen envueltos en ásperas pieles; quiebran el vaso murrino, y beben en el hueco de la mano. En compensación de tantos destrozos, los selváticos conquistadores traen a Roma lo que más necesita. Próspero y victorioso se alzaba aún el imperio de Nerva y de Trajano, cuando ya un eximio historiador latino, Cornelio Tácito, reprendiendo indirectamente la desenfrenada licencia de las costumbres y la enervación de las almas, describió a los bárbaros, a los germanos de azules ojos y blonda cabellera, encomiando su castidad conyugal, su lealtad en los contratos, su respeto a la mujer, sus toscas, pero varoniles costumbres. Raza belicosa y sobria, ansiaban los germanos perecer batallando: tenían las madres por afrentosa para sus hijos la muerte natural; a los cobardes se les imponía castigo simbólico, ahogándoles en fango; consecuencia de tan recia disciplina eran ciertas prácticas feroces; apenas se tenía por delito el homicidio; bañaba sus altares de piedra sangre humana; el cráneo del enemigo hacía de copa en el festín. No importa: a despecho de su braveza, la indómita horda estaba a punto para recibir la amorosa ley de los perseguidos: el Cristianismo. Creían ya los germanos en la inmortalidad del alma, mal afirmada por César y Cicerón, negada por

Lucrecio, concebida por Virgilio como ensueño palingenésico; y no consideraban la vida futura descenso al vano reino de las sombras, sino entrada real en el Valhalla glorioso, donde premian eternos goces los merecimientos del héroe. De las páginas en que Tácito pinta a las mujeres bárbaras, que reciben un solo esposo, así como tienen un solo cuerpo y vida, parece que se ve surgir la austera y honesta figura de la virgen y de la esposa cristiana. La energía, gravedad y pureza de los bárbaros los señala y diputa para el apostolado, el sacerdocio y el martirio. Incapaces de comprender el refinamiento de la podrida civilización que a su paso se desmorona y cae, perciben la majestad y hermosura de la joven Iglesia. Genserico y Atila retroceden, poseídos de respeto, ante el Papa León; y cuando sus lugartenientes se maravillan de la conducta del huno, Atila exclama que escudando al Pontífice ha visto aparición terrible, de resplandecientes cabellos. Llegaba la invasora tribu a las puertas de alguna indefensa ciudad, y veíase salir de ella a un viejo con hábitos sacerdotales, un Obispo cargado de años, ofreciéndose por sus ovejas a conjurar la furia de las hordas exterminadoras: no pocas veces lo conseguía, y por su mediación se libraba la ciudad del degüello y del incendio. Así se impuso el Cristianismo a la fantasía y corazón de los bárbaros; y si fué memorable jornada aquella en que Constantino vió en los cielos el lábaro que guía a la victoria, más solemne es la hora en que San Remigio derrama agua bautismal por la cabeza del sicambro Clodoveo. Roma, decrepita y moribunda, abrazó la causa de la cruz; los bárbaros la adoptaban jóvenes y pujantes.

Unidos el mundo romano y el bárbaro, bajo leyes nuevas para entrambos, comenzó la época de transición que dura hasta el siglo VIII, y prepara la Edad Media. Anticipándose a Carlomagno, meditó ya Teodorico el Imperio de Occidente; Carlomagno lo realiza. Extirpadora del arrianismo, portadora del catolicismo a Sajonia, la raza franca produjo, no sólo al Carlos cuyo martillo, machacando a los sarracenos en Poitiers, inicia los triunfos de Occidente sobre Oriente, sino al otro Carlos, al jefe de la cristiandad, personaje de desmesurado grandor, pórtico enorme de la Edad Media, que resucita la idea de unidad

imperial, reúne bajo su cetro a francos y germanos, y es coronado y llamado *Augusto* por el Papa. Engrandecido por el mismo poder eclesiástico en que fundó su trono el merovingio Clodoveo, fué Carlomagno columna y antemural de la Iglesia. Escritores recientes, empeñados en amenguar la gloria del legendario Emperador, buscan causas segundas a que atribuir el renacimiento que a él solo se debe: como si en el siglo VIII cupiese impulsar letras, ciencias y artes, sin contar con la Iglesia, su única depositaria. Iglesia y civilización eran una misma cosa; los sabios insignes que Carlomagno descubrió en diversas regiones, España, Italia, Anglo-Sajonia, para rodearse de ellos, llevaban en sus cabezas la marca eclesiástica, la tonsura. Del fondo de los Monasterios salieron a la voz de Carlomagno los despojos del naufragio de la sabiduría antigua, recogidos y custodiados allí por manos piadosas. Mas el gran adelanto propio del reinado de Carlomagno, y que lo distingue de todos los anteriores, es que el bárbaro arraiga, se hace estable, se adhiere definitivamente a la tierra subyugada por sus armas. Hasta entonces, inquieto, movable, empujado por la incógnita fuerza de que hablaba Alarico, no halla reposo; con la misma periodicidad que crecen los ríos, descienden los bárbaros a inundar a Europa; no fundan, no se paran a disfrutar lo conquistado; llegan, arrasan y se vuelven. Pero así que sobre las ruinas de la época romana comienza a alzarse otra distinta, la voz que ordenó al bárbaro andar y andar, le manda detenerse; y si antes su fuerte brazo era ariete, ahora sus hombros robustos serán base y cimiento de la nueva sociedad. Cuando ve fijarse a las aventureras tribus, concibe Carlomagno la unidad administrativa, legislativa, religiosa, anhelada por Teodorico en épocas menos propicias. ¿Qué importa ya que al bajar al sepulcro su fundador se disuelva el imperio carlovingio? se ha logrado el objeto principal; está organizada la Edad Media,

Es la Edad Media como borrosa y denegrida pintura, encubierta además por capas de denso polvo. Si queremos distinguir el asunto y que se destaquen del fondo sombrío figuras ideales y místicas con aureola dorada, es fuerza que limpiemos antes el lienzo. Adviértese al primer golpe de vista el bello conjunto de la estatua griega: mas para

apreciar la hermosura del arte medioeval, es fuerza que corrijan entendimiento y corazón el juicio de los sentidos. Así en cuanto a la Edad Media pertenece. Acertadamente observa Görres, que si estudiamos tan poético período, no con odio, sino con fe y amor, rómpese la puerta de bronce que de él nos aísla, y a la luz de una lámpara mortecina ya por el transcurso de los siglos, volvemos a ver lo que produjeron los tiempos pasados. Hoy se practica el precepto de Görres. Anticipóse la imaginación a comprender la Edad Media, y sobrevino el período romántico; la inteligencia siguió sus huellas, y Francia, Italia y Alemania compitieron en producir eruditos, que con pacientes investigaciones y crítica sagaz redimiesen a los siglos medios de la nota de barbarie. Si todavía no faltan autores que, arrastrados por ciega parcialidad, califiquen a la Edad Media de época de tinieblas, de feto monstruoso, los doctos y reflexivos, exentos de las vulgares y mezquinas preocupaciones del *buen sentido* y del siglo XIII, columbran al través de esas tinieblas luz clarísima, y distinguen la ventaja que lleva la sociedad bárbara al estado romano.

Señal característica de la Edad Media es ofrecer al pronto, en todos sus aspectos, confusa diversidad. Definido y concreto, el arte helénico halla inmediatamente límite, mientras el medioeval, aspirando a expresar lo infinito, no cesa de excederse a sí propio y a la naturaleza en sus atrevidos arranques; y a vueltas de lo pueril y grotesco, suele acertar con lo sublime. De igual defecto de armonía adolecen las instituciones políticas que la Edad Media produce: fátales la uniformidad romana, la fijeza de las sociedades egipcias y orientales, rígidas y cristalizadas luengos siglos en una forma de gobierno; en la Edad Media no hay forma que domine, y conviven todas; monarquía absoluta y mixta, república aristocrática, feudalismo ya despótico, ya patriarcal, demagogías municipales, amén de dos imperios casi siempre en lucha, el sacerdotal y el cesáreo. Por tales indicios, nunca pudo el mundo social creerse más desviado de su eje, la unidad. Engañosa apariencia. Hay en la Edad Media un elemento de unidad suprema: elemento no material y externo, sino interno, profundo: la idea de Cristo, que a manera de aura sutil penetra por todas partes, inspira leyes, costumbres, ar-

tes, ciencias; guía a los pueblos errantes en el desierto de Europa, y les mueve a construir y crear, en vez de sentarse afligidos sobre las ruinas que los cercan. No hay palanca más poderosa que una creencia para mover las multitudes humanas; no hay tampoco lazo más fuerte para unir las: no en vano se dice que la religión liga y aprieta a los hombres: otro tanto puede afirmarse de las razas y pueblos. Síntesis de la Edad Media, la idea religiosa resuelve toda antinomia. Lucharán entre sí poderes, naciones, ciudades, monarcas: que los llame el Cristianismo, y veremos cómo se levantan unánimes.

Cuanto elaboró la creadora actividad de la Edad Media, lleva sello cristiano: filosofía, poesía, pintura, arquitectura, ciencia, instituciones, derecho consuetudinario y escrito. Pero consideremos que si el Cristianismo imprimió dirección a la Edad Media, no la formó exclusivamente; fuerzas extracristianas concurren a producirla; no hemos de santificar sin restricción lo que de ella procede. Ni el elemento bárbaro ni el paganismo sucumbieron al ser bautizados Clodoveo y Constantino; dotados de vida tenaz, retoñando donde menos se piensa, explican la complejidad de la historia en la Edad Media, los contrastes que suelen maravillar al que la estudia. Si al lado de elevadas nociones morales reinan otras que sublevan la conciencia, inquiramos el origen de ambos fenómenos, y su explicación será lógica. Hagamos también justicia a la barbarie. A no ser por ella, Europa decadente se estancaría, como el agua de fétida laguna; las palabras concordarían mal, pero los hechos obligan a decir: gloria a la barbarie, que ayudó a civilizarnos.

Dos cosas son fruto indudable de las costumbres bárbaras: el feudalismo y la servidumbre. Al imperio carolingio sucede la anarquía feudal: comparémosla con la sociedad antigua. Se funda la organización de las repúblicas griegas y romanas en el predominio de la ciudad sobre el hombre; el Estado absorbe al individuo, la población urbana anula la agricultura, y Roma, sacando las últimas consecuencias del sistema, erige su ciudadanía en fuente única de derecho. Si alguno podían reclamar las demás ciudades, de ella lo recibían, como toman los planetas su luz del sol; desigualdad colosal, gigantesco privilegio,

atestiguado por las célebres palabras de San Pablo al sentir el azote en sus espaldas. Sólo el ciudadano romano es hombre; los demás son vencidos, esclavos; los legisladores no contaron con ellos; preciso es que vengan los juristas feudales para declarar que en su origen todo hombre es franco y libre por naturaleza. Combatiendo la centralización romana, el feudalismo dividió incesantemente; y un régimen tenido por tan opresivo e injusto, fué el que hizo persona jurídica al campesino, al labrador, y le alzó del polvo de la tierra a la libertad y a la vida. ¿Quiénes eran los labradores antes del feudalismo? Residuos de naciones sojuzgadas, a los cuales el vencedor concedía que, en vez de ser pasados a cuchillo, le sirviesen de bestias de carga y labor. Y esto se tuvo por cosa tan corriente, que ni a Aristóteles, ni a Platón, ni a Séneca, ocurre la idea extravagante de que el esclavo goce de otros fueros que el buey, en compañía del cual suelen uncirle para abrir el surco. ¡Ay de los vencidos! Verdad que en ocasiones se alza rabioso, como acosada fiera; pero no invoca derecho alguno, pues sabe que no es capaz de él: sólo aspira a vengarse y exterminar. Para sacudir el yugo tiene un medio no más: dar vuelta á la rueda de la fortuna, acabar con los dominadores, hacerles esclavos a su vez. Superioridad inmensa del feudalismo: no admite esclavitud: se funda en el contrato. El siervo reconoce a su señor y le rinde homenaje; mas la obligación es recíproca; el señor debe protección a su siervo; no divide insuperable valla al dueño de la tierra y al que la cultiva, antes les une estrecho vínculo, comunidad de intereses. El villano puede redimirse, ascender a otras esferas sociales; la condición del esclavo antiguo era inmutable, la del villano mejora a cada paso; del siglo IX al XI se modifica notablemente; ya el siervo no está atado al terruño en que nació: se convierte en mesnadero: la guerra le ennoblece, y desde vasallo, sube a hermano de armas del señor, quien a su vez reconoce el deber de vasallaje, acatando al monarca. Camina así el individualismo feudal a resolverse en unidad, y asociando a los magnates al consejo regio, anuncia el moderno parlamentarismo: hecho que ayuda a explicar un fenómeno de la Edad Media, muy digno de estudio, a

saber: el influjo extraordinario de lo que hoy llamamos opinión pública, del sentido moral en la sociedad; fuerza tan poderosa, que hasta alcanzaba a subyugar a los Reyes—como sucedió, por ejemplo, a los sucesores de Ludovico Pío, estigmatizados por el trato inicuo que dieron a su padre.—No pudo el feudalismo, forma en sumo grado transitoria, consolidar debidamente la organización europea; y la Iglesia, contrapesando el gobierno individual y local de los señores con la centralización antigua, robusteció un principio más perfecto, las nacionalidades. Fundadora del derecho de gentes, de la noción de igualdad, la Iglesia pudo tolerar provisionalmente el feudalismo, nunca aceptarlo como forma duradera y justa. Después de suprimir la esclavitud, transige por necesidad con la servidumbre, mas no la consagra. Sin tregua recuerda y avisa al señor que no le pertenecen ni la vida ni la honra del siervo. En no pocas cartas de emancipación de siervos, el señor se declara movido del deseo de salvar su alma y redimir sus pecados. Y en efecto, el *clérigo*, lismonero o capellán, que vive con el señor, que se sienta a su mesa, que entretiene las monótonas veladas leyendo algún rudimentario poema, alguna crónica informe, ese hombre que ejerce sobre el rudo barón doble supremacía de saber y moralidad, de ciencia y conciencia, es hijo y nieto de siervo; pero la religión que profesa le enseñó el dogma de la igualdad humana, la redención, la sangre de Cristo derramada por todos los hombres sin distinción de clases: poco a poco ya se lo irá inculcando al altivo descendiente de los bárbaros.

No fueron los siglos medios edad de oro, épocas patriarcales y venturosas; importa declararlo, evitando el riesgo de embellecer y modernizar la Edad Media, y desfigurar su fisonomía histórica. Lejos de fingir una Edad Media al uso de nuestros días, conviene que para entenderla retrocedamos y aprendamos a vivir en ella; arte de pocos practicado. Convengamos, pues, en que los castillos señoriales no solían ser nidos de tórtolas, sino de buitres, y que el estado permanente del feudalismo es la violencia y el combate; que el siervo se halla a merced de un arrebató de ira; que la sierva moza y hermosa, si amaneció en su cabaña, no vive segura de no anochece

en la sombría cámara del torreón; que el mercader o el viajero, al cruzar las lindes del dominio de algún señor famoso por su rapacidad, se encomienden al cielo recordando que los que atraviesan aquel formidable territorio se exponen a ser colgados de los pies sobre encendida hoguera, o torturados hasta que suelten oro para rescatar su sangre; que el náufrago, al arrojarlo las olas a la playa, halla en vez de socorro cautiverio y muerte; lo que el escollo produce, propiedad es del dueño del escollo. ¿Ni por qué han de sorprendernos tamaños desafueros, sabido el origen del derecho feudal? El señor es el bárbaro victorioso de ayer, que ya no emigra, y forzosamente estacionario, habita la porción de tierra ganada a punta de lanza. Cuando no caza ni guerrea, consúmele el tedio, y solitario por efecto de su mismo poder, lo ejerce de inhumana y despiadada manera. Ignora las delicadezas y primores exquisitos de la opulenta vida romana; un humeante cuarto de jabalí en ancha mesa de roble, un mediano monte de leña en la chimenea, la luz caliginosa de las antorchas de resina, son su lujo; por lo demás suele dormir y vestir con no mayor regalo que el siervo; tiene el cuerpo curtido por su dura existencia y el entendimiento velado por la ignorancia; rapiñas y crueldades le sirven de pasatiempo, y le ayudan a engañar la instintiva nostalgia de sus libres bosques. La fantasía del germano, ayer sobreexcitada por la perspectiva de la emigración, hoy ociosa en la tétrica soledad del castillo, pide alimento; mas no siempre se lo proporcionarán fechorías dignas de bandidos: habrá de hallarlo también en el espíritu caballeresco, y señaladamente en las Cruzadas.

Hay quien tiene por ficción poética la caballería, confundiéndola con la literatura que de ella se engendró; pero el aroma de la flor caballeresca embalsama la historia de los tres siglos, del XI al XIII. No bien de la continencia y lealtad bárbaras, unidas al Cristianismo, surge el culto de la mujer y el sentimiento del honor, la caballería nace. Sus ceremonias son simbólicas y religiosas. El postulante a la orden de caballería se prepara con vigili-
lias, oraciones y ayunos; después comulga y se viste blanca túnica, emblema de la limpieza de su alma; sobre esta

túnica suele ponerse sobrevesta roja, indicio del anhelo de verter su sangre por Cristo. Armanle caballero en nombre de Dios, de San Miguel, de San Jorge, encomendándole la honradez, la sinceridad, el desprecio de la vida, el respeto de la fe jurada; todo acompañado de preceptos entre galantes y místicos. Para el caballero, la mujer es un ente superior a la humanidad; la fe cristiana la glorificó en María, vestida del sol, coronada de estrellas, pisando con divinos pies la luna; ya el bárbaro en sus remotos bosques había visto en las profetisas y vírgenes de la tribu algo misterioso y sacrosanto. No obtuvo la matrona romana ser apreciada sino como medio de acrecentar la República; hija de aquellas sabinas que sus esposos robaron cual robarían un saco de trigo si tuviesen hambre, no llegó nunca a conseguir entero respeto. Sus títulos de gloria son sus hijos; como la heredad, vale tanto cuanto produce; nada es por sí misma; si adquiere personalidad, es la ambiciosa Fulvia, la depravada Mesalina del poeta. En cambio la Edad Media coloca a la mujer sobre el pedestal del amor desinteresado que profesa, no como vana fórmula, sino en la vida práctica; así es que en épocas de fuerza y violencia, son confiadas a flacas manos femeniles las riendas del Estado, el cetro de la justicia; se otorgan a la mujer los derechos de heredar, de administrar sus bienes, de poseer condados y feudos, de armar a sus vasallos, de juzgar los pleitos y diferencias; con la minoría del hijo empieza la regencia de la madre; las Berenguelas y Blancas de Castilla gobiernan como esforzados varones; la dama es al par sagrada y poderosa; la musa erótica se contiene y eleva, por no profanarla. Aun en la propia inmoralidad de las *cortes de amor*, se nota cierto espiritualismo hartó diverso de la corrupción romana. No hemos menester llegar hasta Petrarca para comprobar la existencia del depurado concepto sentimental y platónico que animó a la caballería;— ¡Petrarca pertenece ya al Renacimiento!;—basta que consideremos al cantor extraordinario que cierra la Edad Media, poeta de carne y de sangre, positivo y realista hasta rayar en grosero, legista, filósofo, teólogo; veremos, no obstante, cómo recoge en su seno la rosa del amor ideal que tan presto va a marchitarse, y se declara rendido

cautivo de una niña que por vez primera divisó a los nueve años de edad, de quien siempre vivió apartado, pero a cuya vista sentía agitar sus miembros fuerte temblor, y cundir por sus potencias una llama de caridad que le movía a perdonar a sus enemigos. Cuando el cielo reclama para sí a la hermosa Beatriz Portinari, su recuerdo alumbraba el entendimiento de Dante, que por mirarla otra vez cruza los círculos temerosos del infierno, se baña en las aguas regeneradoras del Purgatorio, y asciende a las esferas de luz del Paraíso. No es ficción poética la mujer bienaventurada: la poesía caballeresca se inspira en la verdad; Beatriz existió y pisó las calles de Florencia antes de ser coronada por los ángeles en las estrofas del poema sacro; la imaginación de los trovadores no creó ritos, ideas, actos caballerescos; limitóse a rimar o dar contextura novelesca a la epopeya de la Edad Media, la caballería, en sus tres formas: guerra, amor y religión. Cierta que el esplendor, la edad heroica de la caballería, fué breve; no obstante, todavía en el Renacimiento exhalaba su último canto por boca del cisne sorrentino; sus funerales son una lágrima de Torcuato Tasso, una sonrisa de nuestro *manco* inmortal.

A duras penas dispensó Roma a la mujer justicia; la Edad Media le concedió la gracia. Al par que el amor caballeresco la exaltaba, la Iglesia la ponía en los altares, ornando su frente con el nimbo de la santidad. En el crepúsculo de la Edad Media, asoma como lucero matutino la celeste figura de la santa mujer; todavía no han comenzado a disiparse las sombras de la barbarie, cuando aparece Clotilde. Reinando Clodoveo sobre los francos, había una princesa de hermosura grande, de claro entendimiento, de firmes convicciones católicas; era sobrina del arriano Gundebaldo, Rey de los burgundos. Llevó el galo Aureliano a la doncella el anillo nupcial, de parte del pagano: Clotilde lo aceptó, movida de la esperanza de convertir a su esposo. Consiguió desde luego enamorarle, y nació de su matrimonio un niño que su madre hizo bautizar. Habiendo enfermado y muerto la criatura, dijo Clodoveo con impaciencia:—"No muriera el niño si estuviere consagrado al Dios de mis padres."—A pesar de lo cual, al dar a luz Clotilde su segundo hijo,

bautizólo también, y cuando enfermó a su vez, como el primogénito, Clodoveo auguró que moriría, puesto que había recibido el bautismo. Pidió Clotilde a su Dios con lágrimas y oraciones la preciosa vida del infante, y fuéle concedida; y a poco, hallándose Clodoveo empeñado en sangrienta batalla cerca de Colonia, Aureliano le dijo:—"Invoca, señor, al Dios de Clotilde, que te dará la victoria."—Alzando las manos al cielo, Clodoveo exclamó:—"¡Jesús, tú a quien Clotilde me anunció como hijo de Dios vivo, tú que, según ella afirma, proteges a los desdichados, escúchame, porque te imploro; quiero creer en tí; concédeme la victoria, para que tenga fe y reciba el bautismo!"—Inmediato fué el efecto de la plegaria: la vista de su jefe invocando al verdadero Dios encendió en ardimiento a los galos católicos; el enemigo quedó ignominiosamente derrotado, y Clodoveo recibió el bautismo con tres mil guerreros de su ejército. Esta es la leyenda de Santa Clotilde, doméstica y sencilla, que se reduce al influjo ejercido en la familia por una mujer piadosa; y sin embargo, representa la formación de una gran nacionalidad, una era nueva para los francos y para Europa. Clotilde sirve de precursora a Carlomagno; si éste constituye la Edad Media, la Santa merovingia la anuncia.

No hubiera sido muy importante el papel de la caballería, siempre que se redujese a abstractas contemplaciones de metafísica amorosa, o a mero ritual de honor; pero tuvo su período de acción, las Cruzadas. El gran movimiento que desplomó al Occidente sobre el Oriente, comienza a fines del siglo XI y llena el XII y el XIII: la época caballeresca. Su valor histórico no pende tanto de su magnitud y duración, cuanto de que revela la unidad infundida por la Iglesia al disorde mundo feudal: las Cruzadas son el primer acontecimiento europeo: el continente percibe su propia identidad mediante el sentimiento que le impulsa y precipita contra él Asia; él fué lazo que ató a pueblos tan diversos en lengua, carácter y costumbres. Y no solamente Europa, sino cada una de las naciones que la constituyen, entiende y afirma su unidad moral en tan decisivas circunstancias. La expedición a Troya en busca de la hermosura física, perso-

nificada en Helena, formó—a despecho de sus lances desastrosos—la confederación helénica: los cruzados, atravesando los arenales de Palestina y por rescatar el Santo Sepulcro, incorporaron a Europa. Y porque no falte a las Cruzadas ningún signo de los que acompañan a los acontecimientos capitales en la Historia, no nacieron en la cámara del consejo de los reyes, ni en la imaginación caballeresca y sedienta de aventuras de los nobles, sino en el pueblo, de las predicaciones de un hombrecillo miserable; ni las determinaron profundas combinaciones políticas, sino el culto de las reliquias, característico de los primeros cristianos: siendo la tumba de Cristo reliquia venerable entre todas, indignaba a la multitud verla en manos sarracenas; principal recurso de la tosca oratoria del tribuno católico, Pedro el Ermitaño.

Largo tiempo hacía que la cristiandad fijaba los ojos en Jerusalén. San Jerónimo y su docta amiga Paula, San Gregorio, la emperatriz Eudoxia, el emperador Heraclio, moraron por devoción en aquellos lugares, escenario de la sacra tragedia del Gólgota; mas hasta el siglo VI, podían los cristianos fácilmente visitarlos y habitar en Palestina; Siria y Judea, pobladas y fértiles, profesaban la fe de Cristo; y el que solicitaba conocer a Belén y a Sión, no corría peligro alguno en el viaje. A fines del siglo VI, cuando comienza a dominar en Europa el cristianismo, nace en la Meca un niño, que pasa su solitaria juventud en el desierto, guiando camellos, y a los cuarenta años se presenta y se da por profeta del Dios único, fundando la religión del Islam, ley de conquista, que prescribe a sus adeptos la imposición de la fe por medio del alfanje. Gran parte de Asia, Africa entera, fueron invadidas por las huestes de los creyentes de Mahoma; sus triunfadoras armas amenazaron a Constantinopla, penetraron en la península ibérica, y sólo las contuvo, cuando ya osaban atacar las provincias meridionales de Galia, el brazo semibárbaro de Carlos, el del martillo de hierro. Mahoma, que no despreciaba la Biblia y se servía de las tradiciones hebreas, inspiró a sus secuaces veneración profunda hacia Jerusalén, que aprendieron a reverenciar por tierra prometida; dócil a esta creencia, apresuróse Omar a emprender el asedio

de la sagrada ciudad, y el patriarca Sofronio expiró de pena viendo a los infieles que profanaban con su presencia los lugares benditos: amargo, mortal dolor que se comunicó a la cristiandad toda. Desde que los mahometanos son dueños de Jerusalén, las caravanas de peregrinos aumentan; mas ya no van rebosando alegría, no entonan himnos de gracias: caminan agobiados de tristeza, exhalando, como Jeremías, hondos gemidos al ver hollada y esclava la ciudad de Dios. Persuadidos de que el cautiverio de Jerusalén es castigo impuesto a las culpas de los cristianos, acuden a ella penitentes, a expiar, a sufrir; palmeros hay que cumplen el viaje descalzos, aherrojados, cabeza y hombros sembrados de ceniza; otros, al regresar a su país, renuncian al mundo encerrándose en algún monasterio. Un pobre cristiano, Leutaldo, llegado al monte Olivete, se consume a puros ayunos y penitencias, hasta acabar con la vida.—”Gloria a Dios!”—grita al exhalar el último suspiro. Al tiempo que el nombre de Jerusalén estremecía todos los corazones, y el ansia de libertar el sepulcro de Cristo devora a todos, Pedro el Ermitaño, exaltado y vehemente, corre a los Santos Lugares, y después de unir sus lágrimas a las del patriarca Simeón, vuelve a Italia y arrebatada con su celo, desde las turbas de siervos y mujeres a quienes predicaba en las plazas públicas, hasta al Papa Urbano II.

La primera cruzada, obra de este hombre creyente, sin más dirección que el entusiasmo, fué popular, espontánea, mal preparada y peor dirigida. La vanguardia de las informes y bisoñas huestes la pasaron a cuchillo los búlgaros; diez mil cruzados perecieron bajo los muros de Nicea; el ejército, o más bien la horda reunida a las márgenes del Rhin, prefirió degollar judíos a combatir sarracenos; por último, al ponerse en marcha, tomó por guía una cabra y un ganso, sirviendo de desenlace a su éxodo perecer en masa ante el lago Ascanio, a manos del Sultán de Nicea: hecatombe estéril y colosal, que por mucho tiempo recordaron blancas pirámides de huesos.

Sólo la nobleza sabía guerrear: consagración del feudalismo. Mientras el siervo ara, cultiva, desmonta la tierra, el señor fortifica su brazo, adquiere destreza, ya en los juegos bélicos, ya en el ejercicio de la caza; no so-

porta el villano el peso de la armadura, ni acierta a regir el corcel; menos aún a organizar y mandar una hueste. Y de tal modo lo comprenden los villanos, que aun la incoherente y heterogénea tropa que pereció cerca de Nicea había elegido jefe, de común acuerdo, a un caballero que casualmente se hallaba en sus filas, *Gualtero o Gutierre sin hacienda*, al cual tal vez la necesidad movió a unirse con la informe columna humana, y que combatió como un león, hasta caer atravesado por siete flechas. Disipada ya la espuma, deshecho el indisciplinado e inútil ejército de los siervos, avanzan hacia el Oriente los tercios briosos y magníficos de príncipes y señores, la flor de la caballería: poetas meridionales, aventureros normandos, héroes de novela y de balada; Tancredo, el invencible; Boemundo, de gigantesca estatura y azules ojos; y, mandando tan lucida cohorte, el descendiente de Carlomagno, el virgen Godofredo, que a pesar de su corta talla podía, de un mandoble, hendir a un jinete desde el casco hasta la silla, y segar de un revés la cabeza de un toro. Detuviéronse los jefes cruzados, henchidos de curiosidad y asombro, en los umbrales de Oriente, en Bizancio, que les brindaba un espectáculo desconocido de las rudas cortes europeas: un emperador retórico, una princesa escritora y filósofa, y, en soberbios palacios de mármol y jaspe, joyas del arte y de la civilización greco-romana. Cuando dejaron el oasis bizantino para internarse en el desierto, comenzó el suplicio de las pesadas columnas, presas en cárcel de hierro que caldeaba un sol de justicia. La sed enloquecía y volvía hidrófobos a los lebreles de caza; los halcones se caían muertos, erizado el plumaje; los hombres se disputaban agua pantanosa y repugnantes líquidos; para colmo de padecimiento, rápidas guerrillas turcas picaban la retaguardia a los cruzados; mas éstos no eran ya las desordenadas turbas de Pedro el Ermitaño; llegaron diezmados, moribundos, pero unidos y en correcta formación a acampar ante el circuito de Antioquía, donde les reservaba su primer lauro la victoria. Terminaba el siglo XI, cuando los cruzados entraron por fin en Jerusalén, el mismo día y a la misma hora en que espiró el Salvador en la cruz. Fué horrible el asedio:

sobre las cabezas de los sitiadores había llovido plomo líquido, estopas abrasando, hirviendo pez, fuego griego; mil veces retrocedieron desalentados, lamentando que sus culpas diesen causa a Dios para cerrarles las puertas de la santa ciudad, hasta que, reanimándose su ardimiento, les pareció que el celestial caballero San Jorge, embrizado el escudo y lanza en ristre, acudía a auxiliarles, y que las almas de los cruzados muertos combatían a su lado en la muralla. Al tratar de adjudicar la diadema del reino conquistado, verdadera corona de martirio, todos pensaron en el austero Godofredo de Bullón, el perfecto cristiano, único que, una vez rendida la plaza, en lugar de bañarse en sangre sarracena hasta el pretal del caballo, se descalzó y corrió a postrarse ante el Sepulcro de Cristo. Varón tan heroico y humilde no quiso ser llamado rey donde a Cristo ciñeron irrisoriamente de espinas, ni aceptó más título que el de abogado y barón del Santo Sepulcro. Así se alzó de nuevo la cruz en Jerusalén.—“¡Ay de los creyentes!”—sollozaba en elegiacos versos el poeta musulmán.—“¡No queda a nuestros hermanos otro asilo que el lomo de los camellos o las entrañas del buitre!”

Poco más venturosa fué la condición de los cristianos que se establecieron en Oriente. Godofredo ganó en breve la palma de mártir, comiendo envenenada fruta, traidor presente de un emir: su hermano Baldovinos, harto más desdichado, se emponzoñó voluntariamente adoptando los hábitos de molicie de los sarracenos, desposándose con mujer pagana, y muriendo al cabo en mitad del desierto, despedazadas las entrañas por agudos dolores. Sosteníase la posesión del reino de Jerusalén, merced a perennes y mortíferas luchas; los cristianos menguaban, mientras el desierto enviaba a Palestina y Siria musulmanes más numerosos que sus arenas. No era próspero estado el del islamismo al invadir los cruzados a Judea, antes lo dividían excisiones profundas: el puñal de los seides del *Viejo de la Montaña* siendo pesadilla de los emires, degradado el califato de Bagdad, sin fuerzas el del Cairo, desmembrado el de Córdoba, España adelantando en la reconquista y acorralando cada vez más a sus invasores hacia el litoral, todo indicaba la inminente

decadencia de los sarracenos; y no obstante, la tierra abrasada de Palestina concluía con los cristianos, el clima los enervaba: su propio descuido motivó la entrega de Edesa, donde implacable carnicería proporcionó a los musulmanes cumplidas represalias de Jerusalén. Los cadáveres, amontonados en las calles, llegaban hasta las ventanas de las casas; los obispos fueron degollados; azotado públicamente el patriarca armenio.

Fuerza era que se despoblase Europa si había de atender a las tristes voces que desde Tierra Santa pedían socorro; si había de vengar la matanza de Edesa, e impedir que los cristianos que aún quedaban en Ultramar sufriesen la misma suerte. Organizóse la segunda expedición al doble impulso de la voz de San Bernardo y de los remordimientos de Luis VII de Francia, ansioso de expiar las crueldades ejercidas en los habitantes de Vitry. Así la cruzada va transmitiéndose del pueblo a los nobles, de éstos a los reyes y emperadores. Con Godofredo no iba ningún monarca: ahora son el rey de Francia, el César de Alemania Conrado, la reina Leonor, quienes se encaminan, seguidos de doscientos mil hombres, a Judea. Malos hados cayeron a aquella cruzada segunda: vendido por el emperador de Constantinopla, extrañado en los infinitos arenales por los guías griegos, hallóse el ejército latino solo en ignota llanura, sin fuentes, sin hierba para los caballos, rodeado de inmensa muchedumbre de turcos que—dice el cronista—ladaban como perros y aullaban como lobos; y hubo de emprender desastrosa retirada, dejando los desfiladeros que atravesó sembrados de muertos. Volviéronse mohinos a Europa los que quedaron vivos para contar la desdicha: todo se había conjurado a motivarla: la rivalidad de Conrado y Luis, la perfidia de Manuel Commeno, la altivez y liviandad de Leonor, el calor insufrible, las pesadas armas, los lentos y flemáticos trotones alemanes, que no podían competir con los fogosos corceles árabes; la necesidad que experimenta el hombre del Norte de reponer sus fuerzas comiendo y bebiendo mucho, y la imposibilidad de allegar víveres en las infecundas planicies que tuesta y requema un sol de brasa.

Y todo ello fué preludeo, no más, de mayores calami-

dades. En el último tercio del siglo XII aparece el martillo de la cristiandad, Saladino. Vivió el celebrado héroe musulmán hasta los treinta años de su edad envuelto en libertinaje, oscurecido en un serrallo. De repente se apareció grave, compuesto, fanáticamente devoto, sometiendo a Egipto al imperio de Noredino, destronando a los Fatimitas, y, cuando Noredino muere, haciéndose proclamar Sultán de Damasco y del Cairo, príncipe de los creyentes: usurpación que presto coonestó aniquilando el poder cristiano al borde del lago de Tiberiades, apoderándose de la verdadera Cruz, cogiendo prisioneros—tantos en número que llegó a venderse un caballero franco por un par de babuchas,—y finalmente, penetrando en Jerusalén, que ya nunca acertaron a redimir las cruzadas posteriores. La pérdida de Jerusalén arrancó á Europa un grito de dolor, otro a San Bernardo. El ascético abad de Claraval, hombre singular que bebía aceite creyendo beber agua, que escribía diez renglones al rey de Inglaterra y diez páginas a un pobre monje, que caminaba una tarde entera a orilla del lago de Lausana, y por la noche solía preguntar dónde estaba el lago, que asociado a todos los grandes sucesos políticos de su época, desdeñaba la mitra y la tiara, que extenuado por el trabajo y la penitencia, a duras penas lograba tenerse en pie, y sin embargo pudo predicar la Cruzada a cien mil hombres, gimió al saber que los triunfos de Saladino malograban el fruto de su labor heroica:—“¡Por qué, oh Señor, no has perdonado a tu pueblo!”—Apenas parece posible imaginar mayores desventuras que las que plañía el santo reformador del Císter: con todo, en el siglo XIII, las Cruzadas ofrecieron espectáculo más triste aún: la muerte de Luis el Santo, el regreso de Felipe el Atrevido trayendo, a guisa de botín de la expedición de Túnez, cinco ataúdes, que encerraban otros tantos cadáveres de individuos de su familia.

Ciego será no obstante el historiador que sólo vea en el magno arranque de las Cruzadas tentativa vana y estéril, aborto miserable de una gran empresa, o a lo sumo ímpetu sublime pero infructuoso. Al convencerse Europa de que las Cruzadas fracasaban, la mente volcánica del español Raimundo Lulio concibió que la guerra no es

camino de Jesucristo, y que la victoria del Occidente sobre el Oriente había de realizarse por absorción e imposición científica, por nuestra superioridad religiosa, intelectual y moral: generoso sueño andantesco que llevó al *Doctor iluminado* a morir muerte obscura, gloriosa ante Dios tan sólo, en abrasada playa de Africa. Noble, filosófica y alta era la idea del pensador mallorquín, pero prematura: en la Edad Media hace la guerra oficio civilizador: contacto violento, choque si se quiere, de dos pueblos, de dos razas, al fin las obliga, mal de su grado, a conocerse, a estudiarse mutuamente. Nunca se armó Europa por móviles más legítimos que para combatir al Islam: el derecho de defenderse supone el de atacar, y si la Cristiandad anduviese remisa en embestir, los mahometanos, obedientes a su dogma de predicar conquistando, se adelantarían a caer sobre ella. Instinto poderoso de conservación compelia al Occidente a salvarse dominando al Asia. Mas, aparte de esta ventaja política, débense otros muchos bienes a los cruzados. Abrieron vías al comercio y a la industria; enseñaron a Europa refinamientos aprendidos en Oriente, con que suavizar la tosquedad de sus costumbres y vida; en Bizancio entre vieron los esplendores del arte, y cautivos de su hermosura, lo fomentaron más tarde en su patria. Ganaron en Palestina los caballeros latinos; volviéronse más humanos, más corteses, más sociables y benignos en todo: al regresar de Palestina, el señor no es ya el bárbaro hosco y cruel; muchos emancipan a sus siervos; otros introducen en su hogar delicados y selectos goces; ya no se creen aislados en su señorío, ni aun en Europa; saben que hay más mundo que el Occidente; traen nociones de geografía, han visto nuevas faunas y floras, razas y hombres; se ha ensanchado su antes confusa y mezquina noción del Universo. En suma, y atendida la magnitud, ya que no el carácter, de sus resultados, las Cruzadas fueron tan fecundas como la caída del imperio romano y la irrupción de los pueblos del Norte.

Anima a las Cruzadas un pensamiento elevadísimo, que no alcanzan a eclipsar los excesos y crímenes que las mancharon. Son guerra de penitencia y expiación; la lucha de la Cruz, el fuego del Purgatorio sufrido en la

tierra, según enérgicamente decían los cristianos de entonces. Si vencedores, humíllanse ante el Sepulcro; si vencidos, se maceran, porque imaginan que Dios derrama hasta las heces la copa de la ira, en castigo de sus pecados. Cuando Godofredo recibe a los diputados de Samaria, éstos se asombran de ver a tan excelso príncipe sentado en el duro suelo: y como el monarca les contestase que bien puede la tierra servir de escaño a quien en ella ha de morar después de la muerte, inclínanse exclamando:—"En verdad que merece conquistar el Oriente semejante hombre".—Consiguen las virtudes de San Luis edificar a los mismos musulmanes, y hacerle moralmente soberano de sus enemigos. Movido de la fraternidad que establecía el nombre común de cristiano entre los que visitaban aquellas apartadas regiones, Ricardo Corazón de León, que no fué ciertamente en su conducta ejemplar, aunque sí bizarro e incomparable paladín, expuso la vida por salvar la de algún infeliz arquero de su ejército: el jefe arranca de la casa paterna al siervo, pero se conceptúa obligado a velar por él, a defenderle; el feudalismo afirma en Palestina su carácter patriarcal y protector.

Obsérvase en toda guerra un tanto larga curioso fenómeno: a proporción de la sangre vertida, de las trabadas lides, de los padecimientos y privaciones soporadas, mengua, en vez de crecer, el odio recíproco de los adversarios. Esto sucedió en la pugna secular de las Cruzadas: el Occidente se aproximó al Oriente, y disminuyó su mutuo horror. Otro tanto acontecía en España, donde la Cruzada duraba perpetuamente. Príncipes castellanos tomaron esposas árabes; la guerra se hizo, no sólo con tolerancia, sino con hidalga cortesía; el moro no se quedó atrás, y adoptó costumbres cabalrescas; a su vez la ciencia fué terreno neutral en que pacíficamente convivieron invadidos e invasores, y el califato de Córdoba puerta por donde pasaron a Europa los conocimientos de los árabes, Matemáticas, Comentarios de Aristóteles, Astronomía y Geografía: todo ello sin que se interrumpiese la lidia, sin que estuviesen ociosas un punto tizonas y lanzas. A principios del siglo XIII, las provincias del mediodía de Francia son